

CUANDO EL NARRADOR ES UN POETA

EN DOS PEQUEÑAS PERO DELICADAS NOVELAS DE MARCADO CARÁCTER AUTOBIOGRÁFICO THOMAS WOLFE INDAGA EN LA PÉRDIDA, LA SOLEDAD, LA INFANCIA Y EL PASO DEL TIEMPO

H. J. Porto

«Este es un primer libro, y en él ha escrito el autor sobre experiencias ahora lejanas y pérdidas, pero que antaño fueron parte del tejido de su vida. Por consiguiente, si algún lector dijere que el libro es autobiográfico, el autor no podría contestarle; a su entender, toda obra sería de ficción es autobiográfica [...]. Nosotros somos la suma de todos los momentos de nuestras vidas; todo lo nuestro está en ellos: no podemos eludirlo ni ocultarlo. Si el escritor ha empleado la arcilla de la vida para crear su libro, no ha hecho más que emplear lo que todos los hombres deben usar, lo que nadie puede dejar de usar. Ficción no es realidad, pero la ficción es una realidad seleccionada y asimilada, la ficción es una realidad ordenada y provista de un designio». Así se expresaba Thomas Wolfe (Ashville, Carolina del Norte, 1900-Baltimore, 1938) en el breve prólogo de *El ángel que nos mira*, un novelón maravillosamente excesivo considerado uno de los grandes hitos de la narrativa estadounidense y que en España pasaba prácticamente por ser el único capital de este deslumbrante escritor olvidado al que la tuberculosis trajo un final prematuro.

Pues bien, el comentario de Wolfe encaja como un guante también en los dos títulos que el sello cacereño Periférica ha traído al español y que revelan a un



Imagen tomada en 1911 en Nueva York por el fotoperiodista americano Lewis Hine

enorme poeta metido a narrador enfrascado en comprender el transcurso del tiempo, el pasado, la soledad, el hermano muerto, la niñez, las sensaciones, la fuerza y el color de las estaciones (primavera y otoño, sobre todo, abril y octubre), la luz...

EL POMO ES UN ESPEJISMO

Si en *El niño perdido* se celebraba un canto elegíaco al hermano desaparecido, entonado por distintas voces, con el mismo lirismo delicado pero demolidor, en *La puerta que nunca encontré* —una especie de segunda parte, algo que observó su entregado admirador William Faulkner— Wolfe explora la inaprensibilidad del mundo para el hombre, empequeñecido y lúcido, a través de una evoca-

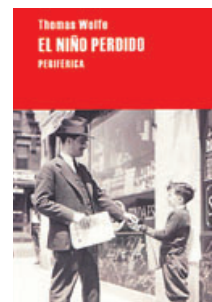
ción de la pérdida del padre y de la insatisfacción existencial permanente que padece el ser humano, vaya a donde vaya, como ya pronosticó con tanto acierto el bardo heleno Kavafis. Nunca encuentra esa puerta que da acceso a la felicidad; la visión del pomo es un puro espejismo. «El viejo humo de oro de la mañana estaría lleno de esperanza y felicidad y de revelación, pero la tarde llegaba y los cielos grises y húmedos me aplastaban con su gigantesca y adormecedora inutilidad, con el peso y la extenuación de su tiempo intolérable. Entonces, la desolación desnuda, vacía, me llenaba las entrañas». En fin, lean a Wolfe, déjense llevar por la poderosa vibración de su relato, breve pero de gran pulso emocional.



NOVELA

«Una puerta que nunca encontré»

Thomas Wolfe. Traducción de Juan Sebastián Cárdenas. Editorial Periférica. Cáceres. 101 páginas. 15,50 euros. ***



NOVELA

«El niño perdido»

Thomas Wolfe. Traducción de Juan Sebastián Cárdenas. Editorial Periférica. Cáceres. 93 páginas. 15,50 euros. ***

RECONSTRUIRSE O CONTESTAR A UN «¿TÚ QUÉ QUIERES?»

Patricia Blanco

«Pero yo me canso de estar solo en mi sueño, de obligarme a no imaginar desenlaces para esta historia [...], de preguntarme cuándo ha dejado de resultar suficiente esta forma de avanzar sin moverme». Encontrar a la mujer que dirigía el encuentro sexual que observó al entrar en la habitación equivocada se convierte para él en una obsesión, en el motivo de sus viajes (por fin uno). Pero a veces cae. Reconoce el absurdo, siente tras de sí el desconsuelo pastoso de toda (buena) pensión. Se ve loco. Hace frío y, dice, lleva un abrigo de retraso. Juega con palabras.

Él es un crítico de hoteles reconocido, de los que saben que entre cuatro paredes ajenas se puede fingir ser quien uno quiere, de los que conocen que, tras el cambio de sábanas, de los inquietos —como mucho— solo queda una tarjeta de restaurante y un teléfono anotado a mano o un estuche de lentillas vacío. Así lo escribe en su cuaderno. Provisionalidad. ¿Y después qué? ¿Y ahora qué? «¿Tú qué quieres?». Se lo preguntó ella al principio. Y llega el fin, y tampoco lo sabe. En *La vida de hotel*, su tercera novela, Javier Montes (Madrid, 1976) ronda la reconstrucción humana, la identidad. Recon-

cido como una de las mejores voces literarias de su generación, se convierte aquí en el perfecto observador. Meticuloso hasta el extremo describiendo cuartos y ciudades, golpeando con sensaciones y atmósferas. *La vida de hotel* es una persecución de algo, una huida de todo. Del síndrome de huésped eterno. A ella, la directora de rodajes pornográficos, solo la vio un día. Y durante unos minutos, solo a través de un agujero. Escondido. En paralelo, para el lector, toda la trama de esta novela es una brecha que permite espiar miserias, una carrera en la que ya se queda sin aire (y eso es bueno) antes de llegar al final.



NOVELA

«La vida de hotel»

Javier Montes. Anagrama. 198 páginas. 15,90 euros. ***